

LA II MOSTRA CHIARINI TIENE MA



Con rara unanimidad, toda la prensa ataca a Chiarini; pero los reproches son débiles, en cuanto el director de la «Mostra» ha reunido los nombres de Bergman, Antonioni, Kozintzev, Passolini, Losey, Godard...

LA estrella del Festival del 64 es, sin duda, Luigi Chiarini, su director. Diariamente la prensa italiana le reserva los titulares que años atrás sólo ocupaban los «monstruos sagrados» en olor de popularidad. Chiarini, veterano crítico de «Avanti», teórico del cine, serio, de aire profesoral y filiación socialista, se ha convertido en la «piedra de escándalo», en el enemigo número uno de los intereses económicos y las prácticas mundanas que hasta no hace mucho gobernaban el Festival.

Los ataques han sido, desde el comienzo, duros, despiadados y sin templanza. Se acusó a Chiarini hasta de la escasa calidad del film inaugural que era la última película de Bergman y tenía más que justificada su presencia en una sesión que, por ejemplo, Cannes reservó a «La caída del Imperio romano». Se atacó «Las amistades particulares», como si Francia dispusiese de películas importantes rechazadas por Chiarini. A Thiele y su versión de una novela de Thomas Mann se los despreció en nombre de un hipotético e inexistente cine alemán moderno de alguna calidad. Diariamente se ha señalado que el film proyectado «tampoco merecía el León de Oro», como si Chiarini estuviera por encima de la crisis evolutiva, y profunda, que hoy afronta el cine, y la presencia de Losey, Antonioni, Godard, Passolini, Kozintzev y algún nuevo importante no significase nada. Se atacó a Chiarini por suprimir la sección informativa y se silenció que ese tiempo se dedicaba a films como «La pasajera», de Munk, o «Le journal d'une Femme de chambre», de Buñuel y los grandes premios de Cannes, Berlín, Karlovy-Vari y Locarno (¿por qué no San Sebastián?), aparte de la retrospectiva de Bergman —independiente de una retrospectiva escandinava— y una selección de documentales, cine infantil y telefilms de impresionante calidad. La mala fe y las contradicciones, junto a la mecánica inercia de otros críticos dispuestos siempre a seguir la tónica que respiran, están cargando la atmósfera de la Mostra; existe una especie de acuerdo tácito, semiinconsciente, entre un estamento crítico y una concepción mercantilista del cine. Se vio ya clara cuando el excelente film americano «Sólo un hombre», del independiente Michael Roemer, era juzgado tibiamente por cubrir la vacante de «Lilith», excluida por el equipo de Chiarini a pesar de su director Rossen y de su lista de estrellas; la ha ratificado la prontitud con que los productores italianos han publicado una nota sobre los prejuicios que causa al cine nacional el criterio que rige actualmente la Mostra. Se ha utilizado en el ataque hasta al ministro Corona, tergiversando el sentido de sus palabras y obligando a Chiarini y al ministro a celebrar una entrevista aclaratoria.

Da la impresión de que los ataques son demasiado fuertes para que Chiarini sobreviva como director de la Mostra. Se dan los nombres de sus posibles herederos. A Chiarini, en contrapartida, se le ayuda poco. Incluso «L'Unita», dentro del pleito entre socialistas y comunistas, le regatea los méritos. Chiarini, por su la- **SIGUE**

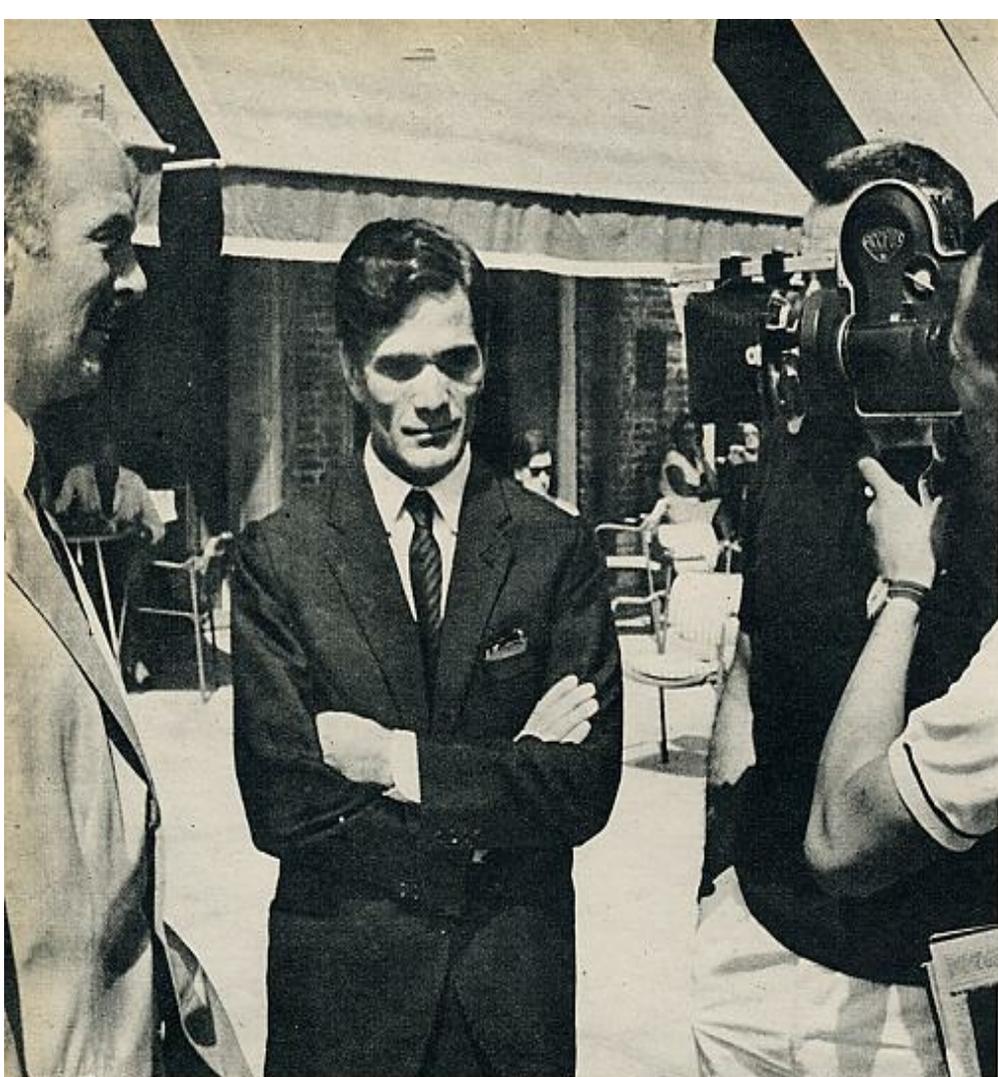
Por JOSE MONLEON

LA PRENSA

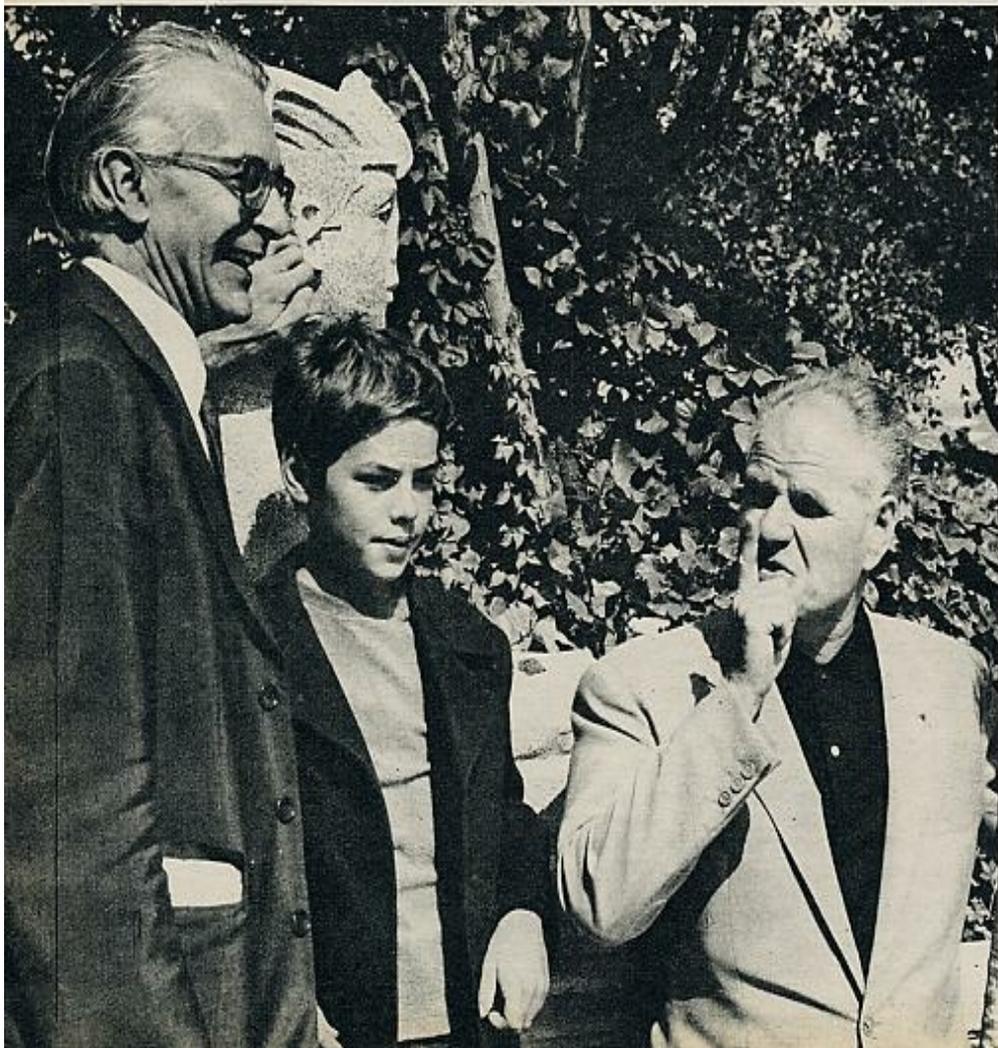


La primera sorpresa del festival ha sido «La Pasión según San Mateo», de Pier Paolo Pasolini: se esperaba una obra «escabrosa» y se ha hallado un film riguroso y honesto. La segunda sorpresa ha sido el film americano «Sólo un hombre», del debutante Michael Roemer: nueva tendencia del cine yanqui, inconformista y valiente.





Passolini, foto superior, defraudó a los que esperaban de él un film escandaloso. En la foto inferior, Roger Peyrefitte y Jean Delannoy, autor y director de «Las amistades particulares», supuesto escándalo, dada su fama.



do, responde a los ataques de unos y otros, defendiendo la orientación cultural y la independencia de la Mostra. Pero sus palabras son, casi inmediatamente, deformadas por el eco. A Chiarini se le presenta como un pseudointelectual y la selección de películas como resultado del trabajo de una camarilla de cazadores de la inmoralidad o la exquisitez minoritaria.

Se echa de menos la presencia de «vedettes», de escándalos y números de fuerza, quizá sin advertir que, precisamente, el Festival testimonia sobre una evolución del cine en ese sentido. Se quiere «repetir» el «hermoso» Festival de hace diez años sin darse cuenta de que hoy, forzosamente, el Festival ha de ser distinto.

Probablemente el «error» de Chiarini ha sido su inflexibilidad. La pasión con que ha aplicado su criterio, dejando a un lado una tramoya que configuraba los Festivales hasta la fecha; tramoya que, como digo, evoluciona y se simplifica, pero a la que muchos quisieran que la Mostra dedicase siquiera un buen funeral. Quizá la existencia de una sección comercial, marginal e independiente, en manos de productores, resolvería mucha de la tensión actual.

Lo malo de esto es que en el fondo juega el problema político, la sistemática desacreditación de un intelectual socialista al frente de un Festival por cuyo control está, lógicamente, interesado la mayor parte del capitalismo cinematográfico italiano.

El lote americano

Las dos grandes sorpresas de la primera semana, cuando estamos a las puertas de la proyección del film de Losey, han sido el lote americano y «La Pasión según San Mateo», de Pier Paolo Passolini.

«Sólo un hombre», el film de Roemer, ha tenido «mala prensa» por cubrir un puesto que U. S. A. ha solido reservar, con resultados normalmente ridículos, a un cine convencional, bonito y de grandes estrellas. Eliminada «Lilith», con gran indignación de Rossen, el cine americano quedó reducido a la película casi amateur de Roemer y a tres telefilms, lógicamente fuera de concurso, sobre los incidentes racistas de la Universidad de Alabama, la marcha sobre Washington y el entierro de Kennedy. He de confesar que pocas veces había visto un bloque de cine americano —cuatro títulos, unas cuatro horas y media de proyección en total— con tanta sinceridad y tanta pasión por la verdad. En su planteamiento, en su contenido ideológico y en su concreción cinematográfica. Los cuatro films vienen a ilustrar el problema negro y su única vía de solución. Bajo la «atmósfera Kennedy», el cine pudo mostrar la existencia de una esclavitud real, que ahora, cien años después del decreto de emancipación, no puede seguir existiendo. Detrás de estos espléndidos documentales —a Kennedy, como a Juan XXIII, lo lloraron gentes que, dentro de una visión esquemática de la sociedad, parece que se excluyen entre sí— y de la película de Romer está la aprobación de la ley de los Derechos Cíviles y los esfuerzos de los viejos patrones —¿qué no hará el mundo que representa el Walker que vemos combatir, desesperadamente, en el telefilm para cerrar las puertas de la Universidad a los negros?— por irritar la sensibilidad negra —ahora ya tensa, despierta ante la humillación— y demostrar que el negro sigue

siendo una bestia peligrosa. «No estaremos satisfechos hasta que los blancos y los negros andemos juntos, comamos juntos, vayamos a la cárcel juntos, como juntos luchamos por nuestro país», grita Lutero King, con voz de predicador de «spirituales», a los centenares de miles de negros reunidos ante el monumento de Lincoln. ¿Hasta dónde no desesperará a esos negros el saber que la policía sigue dando a los suyos los golpes más fuertes, reservando para ellos las actitudes más humillantes? El texto del telefilm dice: «Para muchos este fue un gran día en la historia de los Estados Unidos; para otros, una vergüenza». Hay que preguntarse por lo que hacen ahora mismo los que piensan lo segundo.

Dejo para la próxima semana el comentario de este bloque. Aquí sólo quiero hacer constar que el año de «la rabieta de Rossen» quizá ha sido, gracias a los tres documentales, aquél en que Venecia ha tributado mayores ovaciones al cine americano. Chiarini ha hecho a U. S. A. un servicio.

En cuanto a «Sólo un hombre», en la línea de «Una patata, dos patatas, tres patatas», que vi en Cannes, es la evidencia de que el cine americano, lejos de los grandes estudios y los grandes nombres, trabaja por desterrar una obsesión formalista que había soslayado la verdad. En Romer —como en los telefilms aludidos— existe un esfuerzo por trabajar con elementos de una realidad incuestionable, por hacer de la cámara un instrumento de descubrimiento, por darle al primer plano el valor de mirada contra la que no puede cubrirse el personaje y no el de gesto funcional en la historia. Existe un obsesivo afán de recobrar al hombre, presentándolo condicionado por su circunstancia, pero nunca esclavo de lo anecdótico. El lote americano, en suma, es el cine de la América que vale la pena.

Pier Paolo Passolini

Sorpresa espantosa para el grupo de «urlatori» y «lanzahuevos» que, en nombre de no sabemos qué sentimientos irracionales, fueron a insultar y vejar al director italiano. Quizá sospechaban que la película iba a quitarles toda la razón —si es que se puede tener alguna para ser un bestia— y optaron por manifestar previamente su desacuerdo. Al terminar, sólo sonaron dos silbidos entre una gran ovación. Porque, sin duda alguna, «La Pasión según San Mateo» era, ni más ni menos, que la película más interesante de las exhibidas hasta entonces y, aparte de «Sólo un hombre», mal acogida por cuanto he dicho, el primer título «premiable».

¿Qué ha pretendido Passolini con esta película?, se preguntaban muchos espectadores y críticos. ¿Cómo un hombre de sus ideas ha podido tratar con tanto respeto un tema así? El propio Passolini contestó a esta pregunta en la conferencia de prensa asegurando que él era marxista y cristiano, en presencia de varios sacerdotes enviados por el Vaticano para defender el film. Y «L'Unita» no vaciló en declarar que se trata de una grande y oportuna película.

Para Passolini, desde su plataforma ideológica, la vida de Jesús sigue siendo algo admirable y ejemplar. Pienso que, en el fondo, debe haber sentido una especial satisfacción al ser él quien presentase al público católico una versión evangélica, directa, sin arreglos, popular, de la vida y pensamiento de Jesús, que resultan, automáticamente, enfrentados a las prácticas de una gran parte de la sociedad cristiana.

La dedicación del film a la memoria de Juan XXIII muestra cuál es la raíz de la actitud passoliniana y revaloriza la categoría del hombre



Harriet Anderson, actriz que trabajó en varias películas de Bergman, es la protagonista de «Amor», film de John Donner que ha defraudado y considerado por amplios sectores de la crítica como obra semipornográfica.

más importante que ha tenido la Iglesia contemporánea. «La Pasión según San Mateo» es un diálogo sobre el amor propuesto por un marxista a partir de un texto bíblico. El hecho es éste y, en definitiva, juzgarlo esquemáticamente, con estrechez, repartiendo el papel de bueno, no hará sino confirmar la denuncia de Passolini y, por tanto, del Evangelio.

La realización es deliberadamente solemne, hecha con la cadencia de la última secuencia de «Mamma Roma». Bach es el tema musical que impone muchas de las características estilísticas del film. Mozart y la Misa Luba son otros extremos de la tensión que, dentro de su anchura, de su orden, vibra apasionadamente en el film. La construcción, frente al tono penetrante, inquieto, del último cine mundial, adopta, deliberadamente, un aire de estampa, quizá para conseguir la «distanciación», para que el espectador se encuentre ante un texto cuya precisión y dureza, a pesar de haberlo oído o leído muchas veces, no había

advertido hasta ahora. Los actores son, en su mayor parte, debutantes. Rompen por completo la iconografía tradicional, y, sin embargo, por el tratamiento, la deliberada pobreza de los elementos se hace compatible con una profundización siempre equilibrada y respetuosa.

El aire del film recuerda un poco al teatro didáctico de Brecht y a algunas películas de Dreyer. Cierro el comentario a las puertas del título de Losey, esperado con impaciencia. «El desierto rosso», de Antonioni, mantiene, sin embargo, el carácter anticipado de «climax» de la Mostra de 1964.

J. M.

(Fotos LOGOS y FERRUZZI)

**EN EL PROXIMO NUMERO:
AMPLIA INFORMACION Y RESUMEN FINAL
DEL FESTIVAL POR NUESTRO ENVIADO
ESPECIAL EN VENECIA JOSE MONLEON**